



CANTO VIGÉSIMO Y ÚLTIMO.

ARGUMENTO. — Levántase el Mesías en los cielos, y entonan los ángeles y los resucitados un cántico de triunfo. — Algunas almas piadosas que acaban de separarse de sus cuerpos se unen al acompañamiento de Cristo. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Transformación de una estrella. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Los moradores de una estrella se unen al acompañamiento. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Pasa el acompañamiento por delante de la estrella habitada por los hombres inmortales, que de lejos le saludan. — Himno que cantan dos futuros cristianos. — Prosiguen los ángeles y los resucitados en sus cánticos de triunfo. — Algunas almas van á unirse al acompañamiento, y se detienen en una estrella. — Descúbrese en lontananza el trono del Eterno. — Último cántico de triunfo de los ángeles y de los resucitados. — El Mesías entra en el santuario de los cielos, y se sienta á la diestra de su padre.



Rodeado de su celestial falange, atraviesa el divino Redentor la region de las nubes, y sigue el esplendente luminoso camino que conduce al trono del Eterno, precedido por Gabriel, cuya dorada cabellera murmura en torno de su cabeza, mientras su voz, unida á los acentos del arpa, canta :

« ¡ Murmurad vuestros cánticos! ¡ temerosa y sumisa sea vuestra voz, porque vais á cantar la gloria de Cristo! ¡ La mas grande de todas las glorias, la que llena la eternidad, y resuena de celestes siglos á celestes siglos! »

Y un coro de ángeles y resucitados levanta su voz, trémula por el exceso mismo de la emocion de aquellos seres; las celestes arpas unen sus melodiosos acentos á la voz de los inmortales; y desde el fondo del empireo, llega suavizado por la distancia el eco atronador de la terrible trompa del postrero dia. Así en la falda de un monte, confunde el oido el murmullo de rápido arroyo, el rumor de las hojas del bosque, y el estrépito del torrente á medio secar que se abre paso lenta y trabajosamente por entre las quebradas peñas. El coro de los ángeles y de los resucitados levanta los ojos, humedecidos por tierno llanto, al rostro del Mesías, y le dirige este cántico :

« De toda la eternidad, antes de que salieran de la nada los dias, las noches y los astros; antes de que brillaran con su estelar resplandor los queru-

bines, estabas tú, Hijo de Dios, condenado á muerte.

« ¡ Cordero inmolado, Salvador de los caidos, Víctima del altar del Gólgota, durante toda la eternidad has visto correr tu divina sangre!

« ¡ Antes de que existieran los rios y los mares, los montes y los valles; antes de que Dios, para realzar la gloria del reino de la luz, hubiese creado el polvo; antes de que el globo terrestre se convirtiese en inmensa tumba, has visto tú, Hijo divino y Redentor del mundo, correr tu sangre! »

Uno de los ángeles del juicio final dejó entonces caer la terrible trompeta; otro coro levantó sorpresivamente la voz, y el angustiado canto resonó en los ámbitos de lo infinito :

« Allí estaba sin vida el cordero pascual; pero la mano que le inmoló no rompió sus huesos¹; y Judá, empapando un ramo de hisopo en la sangre del cordero, señaló con ella las puertas de sus cabañas.

« Desdichados, desdichados de aquellos á quienes no proteja la sangre del cordero cuando llegue la terrible noche á envolver al mundo en sus santos terrores. Ya llegó la terrible noche y descendió

¹ Cuando Moisés instituyó la Pascua al salir de Egipto, prohibió que se rompieran los huesos del cordero Pascual. — T. F.

el angel exterminador en rápido y silencioso vuelo hasta las orillas del rio.

« El Egipto entero ha lanzado un largo gemido en señal de luto y desesperacion; la muerte hirió sin piedad á todos sus primogénitos.

« En las gradas del trono, en la cabaña, en el fondo de las prisiones, y hasta pendientes de los pechos de las absortas fieras fueron heridos los primogénitos. Solo en Rahmeses¹ se oyen cánticos de gloria y corren lágrimas de gratitud, porque exceptuadas fueron de la matanza las cabañas que la sangre del cordero señala. »

Y con voz mas fuerte, á que acompañan arpas menos tímidas, trompas mas agudas que las anteriores, canta otro coro, compuesto de querubines, cuyos cuerpos irradian llamas, cuyos rostros brillan esplendentes.

« A la voz creadora del Hijo, convirtiéndose el pensamiento de la creacion en materia y adquirió formas, y poblaron los espacios innumerables legiones de orbes y de seres, girando en él atónitos y gozosos con su existencia.

« La voz creadora del Hijo continuó haciéndose oír, ella impuso á los orbes su elíptico movimien-

¹ Nombre de la ciudad mas importante que edificaron los Israélitas en aquella parte del Egipto donde José estableció á sus hermanos. — T. F.

to, ella á los rayos de luz la ley de brillar sobre otros rayos y de caminar los unos ligeros y rápidos, mientras los otros perezosos y lentos.

« El imperio del Redentor del mundo comenzó á ser, y del seno de la obra de la creacion, radiaron la meditacion y la magnificencia, el gozo y la felicidad para todos, ¡para todos, hasta para los habitantes de la tierra!

« Herederos de la tumba y de la luz, hermanos del que murió en la cruz: desde el fondo de vuestra miseria hasta las aereas regiones hay un camino bañado de lágrimas; cantad ese camino bañado de lágrimas que es el que conduce desde el valle de las penas al tribunal supremo.

« Las tinieblas de la noche os ocultaban ese camino, que á manera de laberinto sin salida giraba en torno de sombría roca; corrió la sangre de la redencion y vosotros podreis sentaros en el tribunal de los cielos; vosotros por aquella sangre redimidos os sentareis en él. »

Uno de los hijos de la resurreccion, á quien entre los mortales llamaron descendiente de Hido¹, acercándose al Mesías y pulsando el arpa sonora, que en las manos llevaba cantó el afortunado dia en que en lontananza vió á Zema:

« Jehosuah penetró en aquella parte del santua-

¹ Designa Klopstock bajo ese nombre al profeta Zacarias, hijo de

rio cuyo misterio ocultaba el velo ahora roto, mas sus vestiduras no estaban puras, y Satan, apareciendo á su lado, le acusó ante los ángeles.

« El Señor le dió blancas vestiduras libertándole de tu peso, ó negro pecado; porque un día debía venir el elegido del Señor, el Redentor de todo pecado; y una voz misteriosa sonó entre los ángeles diciendo: ¡ Zema! ¡ Zema!

« ¡ O dicha inefable! viniste, Mediador divino, y rasgóse el velo, y el misterio fué aclarado para todos. El Hijo en sí mismo puro entró en el Santuario.

« Afortunados pueblos, congregaos á la sombra de la vid gozosa y de la fresca higuera, y el salterio de la alianza animará vuestro festin y el himno de la alianza, uniéndose á su salterio, repetirá bajo

Malaquías y nieto de Hido. El cántico que en su boca pone es imitación de los capítulos III y VI del mismo. En el primero tiene el profeta una visión en la cual se le aparece el gran sacrificador Jehosuah al pié del altar, revestido con ornamentos impuros; los ángeles le rodean, y Satan se constituye su acusador. Dios manda que le den blancas vestiduras, y le dice que si observa sus preceptos le confiará la jurisdicción de su casa y le mostrará al *germen*, su muy amado servidor. En el capítulo VI dice Dios á Zacarías que un hombre llamado *Germen*, germinará por debajo de sí mismo; que construirá el templo del Eterno, cuyo gran pontífice será; y que el mismo *Germen*, sentado sobre su trono, tendrá un consejo de paz con Dios. Con el nombre de *Germen* designa Zacarías al Mesías; pero Klopstock, no creyendo que la palabra era bastante poética, la reemplazó con la griega *zema*, que significa *prodigio, signo, estandarte, monumento*. — T. F.

los emparrados del festin: ¡ Zema, tú has venido! ¡ Zema tú has muerto! ¡ Zema, tú has resucitado! »

Enérgicamente vibran las arpas de oro, orgullosamente se mecen las inmortales palmas que en sus manos agitan otros seráfines que vienen á cantar á su vez la gloria del Salvador.

« Cuando Jesus exclamó: *Consumado está*; lloramos en alta voz nosotros á quienes era posible beber en el torrente de la salud, y glorificóse el polvo porque el Eterno le elevó hasta el reino de los cielos. Jesus, pendiente de la cruz, hizo descender sobre la tierra todas las bienaventuranzas de los elegidos.

« Cuando el Hombre-Dios exclamó: sea el universo, aparecisteis innumerables como las gotas de rocío que caen del cielo, vosotros mundos, por él predestinados á una gloria cada vez mayor. Jesus pendiente de la cruz ha hecho descender sobre vosotros la salud eterna.

« Innumerables legiones de la creación, al consumarse el sacrificio expiatorio cayó sobre vosotras la mas dulce de las bendiciones; y el murmullo de las celestiales arpas, repitiéndoos esa bendición en acentos semejantes á los suspiros del éstasis, os ha llenado de nueva felicidad. ¿ Quien podrá contaros, ó bienaventurados, que ante él doblasteis la rodilla? »

Apenas han terminado los seráfines este salmo,

y ya otro coro de resucitados, agitando las palmas de triunfo, canta la gloria del hijo del Eterno con aquella dulce melancolia que es manantial divino de nobles inspiraciones :

« ¡ Adorado sea el hijo del Eterno : adorado sea el cordero inmolado ! Ya subió mas arriba de la cima de Sion, ya se acerca á los cielos, y el altar del Gólgota está aun teñido en su sangre. ¡ Gloria á tí hijo del Señor que por nosotros te sacrificaste ! ¡ Gloria á tí, Salvador de los esclavos de la muerte ! ¡ Gloria y gratitud á tí, noble hijo del Eterno ! Tú sacaste de las tinieblas á innumerables astros de cuyo seno salió un torrente de luz que rápida se esparció girando por las inmensas órbitas.

« ¡ Admiracion y gloria á tí, Hijo del Eterno, cordero inmolado ! Adoremoste divino Redentor que sacaste de la noche de la destruccion á las víctimas de la muerte libertándolas á todas del abismo de la destruccion. »

Y otro coro de Resucitados miró con tierna compasion á la tierra que á sus plantas giraba, recordando que en ella habitaron en miserables moradas, que en ella durmieron en frios sepulcros, y que allí en fin les despertó del eterno sueño la voz de Cristo Redentor del mundo cuyos beneficios cantan de esta manera :

« Adoremos al Eterno, adoremos al Hijo que vuelve al Eterno. Vosotros sus amados servidores,

ó espíritus angélicos, arrojad en su camino vuestras palmas y coronas para que él os las vuelva al pié del trono,

« Vosotros peregrinos, que oprimidos bajo el peso de la miseria os arrastrais aun en los ásperos caminos de la vida, dejad de llorar, que tambien como los ángeles os postrareis un dia al pié del trono.

« Tal es el noble premio que os reserva el Dios que por vosotros ha muerto. Si imitais el ejemplo de paciencia y sumision que os ha dejado, si como él soportais sin quejas vuestro dolor hasta el fin, os hará partícipes de su triunfo. Cesad pues, lágrimas de compasion; enmudeced dulces consuelos que mitigais los males de aquellos á quienes compadeceis; no hagais flaquear el corazon de los elegidos : no necesitan de consuelos ; no, pues saben que en los valles de la muerte les esperan cánticos de felicidad, y que una corona les aguarda al fin de su peregrinacion. »

Y mientras así cantaban divisaron no lejos de la rutilante espiga ⁴, á varias almas por querúbines conducidas hácia el Redentor. El vuelo de los inmortales es rápido y noble como conviene á la gloria y á la felicidad ; el de las almas trémulo á im-

⁴ Alude Klopstock á la espiga de la Virgen, estrella de primera magnitud. — T. F.

pulso de la insólita ventura de que gozan. Todas las almas de mortales virtuosos que en los diferentes pueblos de la tierra han roto los lazos del cuerpo desde que el Mesías dijo pendiente de la cruz: *Consumado está*, hasta el momento de su triunfo, se han reunido en los campos de la celeste cosecha. Así lo dispuso el Eterno. A medida que aquella tímida cohorte va elevándose en las regiones del empireo, va aumentándose también su feliz sorpresa; gime, llora, y por vez primera entonces, sí, por vez primera reconoce y adora al verdadero Dios. Un coro de resucitados acoge á sus nuevos hermanos con este solemne canto :

« ¡Llegad, acercaos ! Penosa fué vuestra peregrinacion en los tenebrosos caminos : ya os habeis elevado sobre todas las miserias ; vuestros gemidos son éstasis celestes, vuestras lágrimas son lágrimas de alegría.

« ¡Estasis celeste ! ¡dulces lágrimas ! Divina herencia que les espera á los fieles al fin de su camino con la recompensa de Dios. ¿Qué lengua podrá describir vuestras inefables felicidades ? ¿En qué regiones suena el arpa divina que pinta esas felicidades ? Argentadas olas del rio, y tú palmera que creces en sus orillas, tú que escuchas á la musa de Sion, hablad : ¿llegaron nunca hasta vosotros los dulces sonos de aquella arpa prodigiosa ? »

Y á impulso del enagenamiento que les causa su nueva vida, aquellas almas al principio tan tímidas, se unen súbitamente á las brillantes cohortes del vencedor y cantan en voz robusta :

« ¡Elevémonos con los ángeles herederos de la luz : aumentemos el acompañamiento del Hijo del Eterno, sigámosle por medio de los cielos ! Este magnífico triunfo nos cupo en suerte. ¡Morir es hacer el último esfuerzo para llegar á la beatitud ; el sepulcro, cuna de la salud, puerta del cielo !

« La melodía de los celestes himnos no alcanza á describirte, Mesías divino ; la intuicion misma de los inmortales no puede imaginarte tal cual eres, rey del universo. De lejos, muy de lejos te siguen en tu marcha los clamores de victoria y los cantos de felicidad.

« Dígnate mirarnos bondadosamente, que también somos nosotros de los bienaventurados que tu muerte redimió, que también nosotros fuimos por tí sembrados en los campos donde tú siegas las espigas ya maduras. »

Los adolescentes del trono, que se desarrollan á la sombra del divino Elohá y del sublime Gabriel, como al pié del cedro florece un lirio, ceden también á la emocion que les causa la fiesta de los cielos. Su voz es viva y rápida, viva y rápida es la vibracion de las cuerdas de sus arpas. ¿Cómo repetir el canto íntimo, estrepitoso y sagrado de la ale-

gría, de la felicidad, del triunfo? ¿Cómo pintar el éstasis que os espera al pié del trono, vencedores del pecado, vencedores de la noche, vencedores de la muerte? »

No son solos los acentos melódicos del salterio ni los atronadores de la trompeta los que acompañan á los cantos de los celestes coros : otras cuerdas misteriosas vibran en el espacio, semejantes al murmullo de solitaria fuente, ó al de la dulce brisa de la noche, ó al de los tiernos suspiros de virtuosos amantes. Y sonidos poderosos como el de la tempestad, terribles como el trueno, se unen y ponen de acuerdo con el crugir de los ambulantes mundos.

Cristo ha reinado solo en la creación desde que se reveló á Abraham hasta que bajo la forma de un recién nacido bajó á llorar en el portal de Bellen. Las legiones que le siguen en su marcha triunfal cantan los beneficios que derramó sobre el pueblo á quien hizo objeto especial de su misericordia é inmutable justicia. En alas del éstasis se elevan aquellos salmos de maravillas en maravillas. Nadando en un piélago de armonía se encuentran los coros, se cruzan, se adelantan unos á otros, se detienen, y sucesivamente cediendo á sus inspiraciones entonan solemnes himnos. Los ángeles de la muerte, alzando sus voces graves y sombrías, cantaron así :

« ¡Tú te detuviste, ó mar : así lo quiso Dios! Vapores del día, nieblas de la noche, vosotros os arrastrasteis en pos del pueblo de Israel. Desde el seno de la mas sombría de esas nubes el Eterno espantó, el Eterno hirió á Faraon y á sus peones y á sus ginetes! »

Mas la trompeta continuaba sonando, y Miriam la oyó ¹. Miriam, la hija de Amram, la que presidió á la danza de la victoria, cantó así la gloria del Eterno :

« La mar inmensa os sirvió de tumba, furiosos Egipcios. El armado caballero y su caballo, los carros destructores y el mismo Faraon, todos se hundieron entre los verdes juncos como el plomo se hunde en el cieno. Desde lo alto de las inflamadas nubes lanzó el Señor sobre ellos una mirada de cólera y la mar furiosa se los tragó para siempre. »

Otros ángeles fijaron á su pesar el pensamiento sobre la espantosa suerte de Coré, Datan y Abiran. Su cántico es lento y triste :

« Amargas quejas, clamores de desesperacion, terribles fuisteis cuando en medio de una nube de polvo salisteis del fondo del abismo ; mas terribles aun cuando debilitándoos sucesivamente anun-

¹ Imitacion del cántico de Miriam, hermana de Moises, al salir de Egipto. Exodo, V. — T. F.

ciasteis la agonía de las víctimas que se hundieron en la sima. Y con el silencio que sucedió á su último suspiro todos los terrores de la muerte se espacieron entre la consternada muchedumbre. »

Los cantores de la gloria del Mesías no dejaron caer mas que una sola mirada sobre las ruinas de Jericó, y una vez sola tambien con trémulas manos pulsaron las cuerdas de sus arpas :

« El piadoso escuadron de los sitiadores pasó y volvió á pasar al pié de las orgullosas torres de la ciudad de las palmas ¹, amenazándolas con el sonido de sus guerreras trompas. Lució en fin el día señalado por el Eterno, los hijos de Israel dieron por última vez la vuelta en torno de los muros, y el estrépito de la caída de estos se unió al sonido de los triunfantes clarines. »

Arpas melodiosas sonaron dulcemente, y á sus celestiales acentos se unieron angélicas voces diciendo :

« Judá, tu suerte es digna de envidia : el niño de Belen, el adolescente de moreno color ² corria en tu llanura gracioso como el ligero corzo. Juguetando tiró con la honda una piedra, y con tal fuer-

¹ Bajo ese nombre designa Moisés con frecuencia á la ciudad de Jericó, cuyos muros cayeron al sonar las trompetas de los Israelitas. Josué, VI. — T. F.

² El rey David. — T. F.

za que rompió la frente de Goliath ¹, quien de su debilidad se habia burlado.

« Tu Dios, ó Judá, que desechó al Benjamita² haciendo correr toda su sangre en la montaña de Guilboah ³, protegió á tu hijo el del moreno color. En su pecho puso voz de oro y con diadema de oro ciñó su frente. »

Entonces, viendo David al Mesías, entonaron los coros mas elevados salmos á la gloria del que creó y redimió á la especie humana : mas pronto nuevos salterios acompañaron á nuevas voces, y esas voces cantaron :

« Oraba el profeta ³, súbito salió una palabra de lo alto del trono de fuego. La hoguera consumió su víctima, y en torno del altar se alzaron las aguas convertidas en abrasadoras llamas.

« Siete querubines descendieron hácia el profeta á quien el Eterno acababa de iluminar con aquella poderosa luz que penetra en el porvenir mas remoto.

« Y así cantaron los siete querubines :

¹ Gigante Philisteo, natural de la villa de Gat, á quien mató David de una pedrada. — T. F.

² El rey Saul. — T. F.

³ En la montaña de Guilboah, Saul, vencido por los Filisteos, por no caer vivo en manos de sus enemigos se dió muerte con su propia espada. Samuel, I, 31. — T. F.

⁴ Isaías, de cuya visiones es imitacion todo este pasage. Isaías, VI, 37. — T. F.

« ¡Y tú viéndonos al lado del Eterno inmóviles pensativos y sin velo guardaste silencio! Nuestras anchas alas solas nos cubrían, y á la voz de los custodios del trono estremeciése el templo.

« Y respondió el profeta :

« Mudo permanecí viéndoos al lado del Eterno inmóviles, pensativos y sin velos. Vuestras anchas alas solas os cubrían, y á la voz de los custodios del trono estremeciése el templo.

« Y entonces clamasteis : ¡Santo es el Señor! ¡El Señor es tres veces santo! ¡Infinito es el número de los que le adoran! El eco de su glorioso nombre resuena en torno del trono celeste y resuena también en el polvo! » El profeta calló, absorto en solemnes pensamientos, mas pronto haciendo señal á las celestiales trompetas de que se uniesen á su voz cantó estas palabras que en otro tiempo dijo al orgulloso conquistador Asirio :

« Hé aquí, audaz Senaquerib, lo que el Eterno ha pronunciado contra tí : la Virgen de Sion te ha despreciado y la noble Jerusalem movió desdeñosamente su cabeza al verte pasar. ¿A quien, Rey soberbio, dirigiste tu voz blasfemadora, tus miradas de mofa y de insulto? Al santo de Israel, á Jehová provocaste diciendo :

« Yo hice pasar mis inmortales carros sobre la cima de los mas elevados montes; yo despojé al

Líbano de su verde alfombra; el altanero pino, el cedro magestuoso fueron por mí derribados!

« Yo planté mis tiendas en la pendiente del Carmelo, en el centro de sus espesos bosques abrí fuentes y bebí de sus cristalinas aguas; bajo la huella de mis pasos se secaron todos los lagos de Israel.

« Lo que hago ahora ya lo he hecho otras veces; primero medito mis hazañas, despues les digo llegad, y las ciudades rodeadas de mas altas murallas y las verdes colinas que la sustentan se hundan; y los brazos de sus defensores se paralizan aterrados.

« Al verme se secan los vencidos como la yerba que se arrancó del prado, como planta parásita que en la techumbre de un edificio se agosta antes de madurar!

« Y el Eterno le respondió : Audaz, por donde quiera que pasas te sigo, conozco tus guaridas, llegaron tus blasfemias al pie de mi trono. Yo atravesaré tus narices con un anillo, yo pondré un freno en tu boca, yo te obligaré á desandar lo andado. »

Calló el profeta y prosiguieron los ángeles :

« Ya luce el dia risueño y alegre : la amenazadora profecía sigue tronando en la colina de Sion; todo en el campo Asirio es silencio y tinieblas; sus innumerables guerreros yacen sin vida; el Rey

huye aterrado. La eterna justicia acaba de consumir su venganza.. ¡Huye, huye Senaquerib, refúgiate al templo de Nisroc! »

El mas sublime de los inspirados ¹ aquel que á orillas del Kebar fué iniciado en la contemplacion de la gloria divina, se aparta de las filas del celestial cortejo siguiéndole doce de los adolescentes del cielo, otros ángeles y algunas almas bienaventuradas, mientras se eleva y acerca al Mesías para celebrarle á su vez con un cántico solemne. Bello y magestuoso es el vuelo del profeta, mas bella y magestuosa aun la llama que de sus ojos brota en tanto que sus labios pronuncian estas palabras :

« ¿ Cuantas veces, ó Dios terrible, vengaste á tu elegido pueblo de sus opresores? ¿ Cuantas has aniquilado á los enemigos que querian destruirle? ¡ A todos los que tenian sed de sangre los ahogaste en sangre, ninguno de ellos escapó á tu venganza!

« ¿ El monstruo del Nilo ² no era por ventura se-

¹ El profeta Ezequiel. — T. F.

² En el capítulo XXIX de sus profecías compara Ezequiel á Faraon con una ballena que reposa en medio de las aguas. Todo el pasaje siguiente alude al capítulo XXXI, en que el mismo profeta predice la ruina de Faraon. Ezequiel pasa con razon por ser el mas oscuro de los escritores de la ley antigua, á tal punto que los judios mismos, temiendo falsas interpretaciones, prohibieron la lectura de sus obras, aun á los levitas, hasta que hubiesen cumplido la edad de treinta años. — T. F.

mejante al Asirio; al Asirio, soberbio como el cedro del Líbano cuando á lo lejos tiende su sombra protectora, y como él rico de hojas y que como la del arbol audaz erguia su cabeza?

« Las aguas que bañaban su pie hicieronle crecer aceleradamente, y en medio de su arremolinado curso elevóse siempre y cada vez á mayor altura; y los torrentes bramaban en torno de él, y los demas árboles del valle solo eran regados por míseros arroyos.

« Y cada vez se alzaba mas sobre los otros árboles del valle, y sus inmensas ramas se tendian sobre los vecinos campos : el arbol rey tenia agua y savia en abundancia.

« Entre sus verdes hojas venian á bandadas los pajarillos á edificar sus nidos; cuantos insectos se mueven en el polvo, iban á establecerse cerca de las fuentes que murmurando riegan su planta; á la sombra de sus ramas se acojian populosas naciones.

« Ninguno de los cedros del Señor le igualaba en pompa y elevacion; á su lado parecian débiles las ramas del pino y las hojas del plátano pocas y mezquinas : aquel era el mas bello de los árboles del jardín de Eden.

« Dios le habia dotado de tan lozana verdura, de

¹ Alude Klopstock al rey Senaquerib. — T. F.

tronco tan robusto, de ramos tan largos, que todos los árboles del jardín le envidiaban : su frondosa copa se extendía cada vez mas entre las nubes.

« Y porque su frente audaz se alzaba al cielo, se hinchó de orgullo su corazón : entonces, tú, vengador, le hicistes sentir tu poder entregándole á sus poderosos enemigos : la pena del talion le fué impuesta.

« Un poder extraño le derriba, arranca sus raíces, mutila su tronco, esparce sus restos en montes y valles, y por las orillas de los arroyos, por todas partes se ven rotas las ramas del árbol rey.

« ¡Ya no da sombra á las naciones y las naciones marcharon lejos de él á buscar otro abrigo, y las bestias feroces se refugiaron en las ruinas del coloso caído! Bestias feroces y pájaros del cielo es cuanto le queda.

« Su caída aterró á todos los árboles, ninguno de ellos en adelante se alzaré con tal orgullo sobre las aguas, ninguno hará como él crugir sus hojas casi al par de los bramidos del torrente : nunca en adelante habrá sombra tan dilatada y fresca como la del árbol caído.

« ¡Bajarán á la tumba, dormirán en los sepulcros todos los que han obligado á la tierra á hu-

millarse á su poder de un día : en el abismo cayó el orgulloso asirio!

« Y acogióle el abismo con sordos gemidos y callaron torrentes y torbellinos, y las aguas cesaron de correr, y el Líbano se cubrió con manto de luto ; hasta los árboles del valle se secaron ; la tempestad le ha precipitado al fondo de los infiernos con tal estrépito que el terror se apoderó de las naciones ; mas los árboles del valle se reanimaron porque los arroyos de los montes llegaron en fin á sus sedientas raíces.

« Con él cayeron los déspotas cuyo poder estribaba únicamente en la proteccion del soberbio tirano ; desaparecieron las plantas parásitas que crecían á la sombra del árbol gigante : la muerte los ha herido á esos y á su numeroso séquito. »

Callaron un instante el profeta y sus compañeros, para volver á cantar en seguida ; así cuando tiembla la tierra si interrumpe sus estremecimientos, es para lanzar de su seno hácia el cielo nuevos torbellinos de humo y polvo, nuevos clamores de dolor¹.

« Mas terrible que la de Asur fué la caída del rey de Egipto. A manera de dragon marino se arrojó

¹ El pasaje que sigue es tambien imitacion de los capitulos XXIX y XXXII de las profecias de Ezequiel sobre la ruina de Egipto. — T. F.